

El supremo argumento

("Las Noticias" Barcelona, 21 mayo 1900).

El supremo argumento

Más de una vez se ha suscitado la cuestión de si convenia ó no reducir el número de las Universidades, y siempre, en casos tales, se han aducido de una y otra parte, las más peregrinas razones.

Los supresionistas salen, ante todo, con la tan socorrida como huera fórmula de «más industriales y menos doctores», gemela de aquella otra de «menos política y más administración» y tan fofa como ésta. De esa fórmula y de su equidad creo haber dicho bastante en mi folleto acerca *De la enseñanza superior en España*.

Pero es mucho más curiosa la argumentación de los antisupresionistas, ó sea de los interesados, cuando á defenderse tocan.

Las Universidades que se creen amenazadas, ó más bien las poblaciones en que ellas radican, ó tal cual de sus miembros y pensionistas, salen con aquello de «esta Universidad no sólo no cuesta al Estado, sino que le produce ingresos», y viene todo lo de «¡oh escándalo! ¡que sea la enseñanza fuente de ingresos!

Pero, vamos á ver, si las Universidades producen, más producirán reduciéndolas, siempre que la economía que su supresión produzca exceda al número de estudiantes que puedan perderse sin suprimirlas. Porque es evidente que de suprimir cinco aumentarían en matrícula las cinco restantes, aunque no fuese en tanto como se pierde. Pero es lo más probable que lo compensase.

Localidades hay que piden que si el Estado les suprime el centro universitario ó el Instituto, les permitan sostenerlos por su cuenta. Y esto si que deben resistir todos los amantes de la cultura.

Malas y todo como son las Universidades del Estado, ofrecen ciertas garantías de que las otras carecen. Las facultades llamadas libres son un horror, un verdadero horror, el colmo del hospicianismo.

En cuestión de enseñanza, centralización, cuanto más mejor, ó borrarla por completo en cuanto función pública y decretar la libertad de profesión.

Pero hay un argumento en favor de la supresión de las Universidades que no sé que lo haya expuesto todavía nadie y que es, á mi juicio, el argumento supremo.

Si estuviera completa la plantilla del profesorado universitario español constaría, sin contar los auxiliares, sólo con los nu-



UNIVERSIDAD
SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



merarios, con los que entramos en escala-
fón, de 464 catedráticos, 140 de derecho, 132
de medicina, 74 de filosofía y letras, 40 de
ciencias exactas, 29 de farmacia, 27 de cien-
cias físicas, y 22 de naturales. Lo que más
tenemos son jurisperitos y lo que menos
naturalistas, oficiales se entiende. Y de los
22 naturalistas, más de la mitad, 13, en Ma-
drid, pueblo riquísimo, como es sabido, en
fauna y flora. Claro está que nunca está cu-
bierta la plantilla. En 1.º de Enero del año
pasado, v. gr. no había más que 416, y 48
vacantes por lo tanto, poco más del 10 por
ciento de las plazas.

Y, ahora, una vez expuestos los datos
estadísticos, voy á mi argumento. La plan-
tilla pide 464 catedráticos de Universidad.
¿Es qué hay acaso en España 464 personas
capaces de enseñar disciplinas superiores?
Yo creo que no. ¿Hay acaso 140 maestros
en una ú otra rama del derecho?

Y es claro, como no los hay, se los hace
de cualquier modo, hasta á cara ó cruz.

Y no se crea que esto es un decir, no.
Porque ha habido oposiciones en que el tri-
bunal se dividió en dos bandos, cada uno
con su candidato, llegaron al empate, y tan
cabezudos y necios estaban unos y otros
que llegaron al cabo á un singularísimo
arreglo, y fué prescindir de uno y otro can-
didato, y puesto que no querían de-
proveer la vacante, echar á suertes á los
restantes opositores y á quienes se la de-
be en Dios se la de-

San Pedro se la bendiga. Y es claro, la suer-
te no es tan ciega como se cree; eso que se
llama azar suele ser providencia... ¿sabió
quien había de salir? ¡el más topo! ¡Cuatro-
cientos sesenta y cuatro maestros de facul-
tad! ¡No es nada la cosa!

»Es que no es menester que el catedra-
tico sea un sabio...» se me dirá, porque esta
es idea corriente entre mis compañeros de
armas. «La cuestión es saber enseñar...
vale más el que enseña lo poco que sabe,
que el que no sabe enseñar lo mucho que
sepa.» Más se pega del roce del pobre ge-
neroso que del rico tacaño.» Hay, sin em-
bargo, quien cree que todo esto es pufó so-
fisma, y yo soy uno de ellos.

Pero dejemoslo para otra ocasión.

Miguel de Unamuno.

